

# LA NOVELA SEMANAL



**La Revelación**

POR

**JOSE LEON PAGANO**

**PRECIO: 10 Centavos**

## La receta que a diario se extiende a millares de pacientes.

Y no es una maravilla que tal suceda...

...pues las notables cualidades que posee el Hierro Nuxado como poderoso tónico y reconstituyente infalible, hace que los médicos lo aconsejen a sus clientes con preferencia, siempre que sea necesario un pronto restablecimiento o urja vigorizar el organismo de los enfermos.

Hasta tal punto se ha extendido su fama, debida al sin fin de casos en los cuales Hierro Nuxado ha desempeñado un papel importantísimo porque ha obstaculizado el progreso de graves dolencias, que en todo el mundo se pregonan su superioridad sobre la mayor parte de los productos similares y especialmente sobre las otras formas de preparar y administrar el hierro.

El hierro orgánico es el elemento primordial necesario para una buena asimilación de las substancias que se ingieren, pues sin hierro las funciones nutritivas son tan deficientes que los alimentos pasan por el cuerpo sin producir ningún beneficio y acontece entonces que el organismo se debilita y esta debilidad facilita la producción y desarrollo de gérmenes nocivos, llegando poco a poco a ser dominado el cuerpo por enfermedades a veces incurables, que podrían haberse evitado tomando a tiempo y de manera conveniente el hierro necesario para precaver tamaños males.

Pero es necesario decir, y remarcar insistentemente que no basta tomar hierro en cualquier forma, sino que es indispensable que sea Hierro Nuxado, porque su preparación es a base de nuez yónica y otros elementos igualmente tónicos, que ayudan a vigorizar la sangre, aumentando su cantidad de glóbulos rojos, combiniándose con la poderosa acción del hierro orgánico, y produciendo un efecto tan eficaz que aumenta notablemente la fortaleza del individuo en un tiempo relativamente corto.



Para que el Hierro Nuxado produzca los mejores efectos es muy conveniente tomarlo en pastillas o tabletas, porque así está perfectamente dosificado y en esta forma se administra al cuerpo la cantidad exacta que necesita.

Nota: el poderoso tónico Hierro Nuxado, prescrito por los médicos en la mayor variedad de casos, no es una medicina de patente, ni un remedio secreto cuyas propiedades curativas estén a merced de cualquier circunstancia fortuita que pueda presentarse; no, Hierro Nuxado es una fórmula bien conocida en las droguerías, analizada perfectamente y considerada como la forma más moderna y eficaz de preparar el hierro orgánico y posee, además de la ventaja de asimilarse con la mayor facilidad, las no menos importantes de no ennegrecer la dentadura y de que no se descompone el estómago; antes bien, es potentísimo para casi toda clase de indigestión, como anémico para la excesiva nerviosidad y para la extenuación.

Es tanta la confianza de los fabricantes en las bondades del Hierro Nuxado, que ofrecen en traer \$ 1000 a cualquier institución de caridad siempre que alguna persona, con falta de hierro en su organismo, no acreciente sus fuerzas en un 200 por ciento, tomando este producto durante un periodo de cuatro semanas consecutivas, si no padece algún desorden crónico grave.

Se vende en todas las buenas droguerías y farmacias  
Único importador: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255 — Buenos Aires

# LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 961, Avenida  
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal  
LUI<sup>S</sup> B. GALVAN.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.  
Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.  
Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 688.  
Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.  
Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante  
de los mejores escritores argentinos

## PUBLICADAS

1. Una hora millonaria, de E. García Velloso, 2.ª edición.
2. La huérfana, de Hugo West (G. Martínez Zuviría), 2.ª edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta (agotada), en reedición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 3.ª edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez.
6. La Paquiana, de Ricardo Rojas, en reedición.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros (agotada), en reedición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux (agotada), en reedición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El instantáneo, de Pedro Sondereguer, 3.ª edición.
11. La evasión, de Benito Lynch (agotada), en reedición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charra.
13. El babá de Naranjama, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó.
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
18. La Esténgce, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Toirá).
20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sondereguer, 1.ª parte (agot.)  
" " " " " " 2.ª " "  
" " " " " " 3.ª " "
21. El tul violeta, de la Sra. de R. de Orlandiz.
22. La degollación de los inocentes, de Attilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayú, de Juan José de Soiza Reilly.
24. Holocausto, de César Carrizo.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo.

## Los niños se ponen malhumorados, enfermizos y febriles, si sufren de estreñimiento.

El Jarabe de Higos de "California" no hace daño al estómago  
o intestinos delicados.

Un laxante hoy, salva a un niño enfermo mañana. Los niños no dejan sus juegos por evacuar, lo que hace que se obstruyan los intestinos, el hígado se pone pesado y el estómago ácido.

¡Madres, fíjense en la lengua de sus hijos! Si está sucia, o el niño está indiferente, malhumorado, febril, inquieto; si tiene el aliento fétido, no tiene apetito, tiene resfriado o gripe, mal de garganta u otra enfermedad propia de los niños, déle una cucharadita del Jarabe de Higos "California" y no se preocupe más, pues es completamente inofensivo y en pocas horas desaparecerá de los intestinos ese estreñimiento venenoso.

bilis ácidos y las heces fermentadas, y el niño estará sano y contento otra vez. Una "Impieza Interior" es a veces todo lo que se necesita. Debe ser el primer tratamiento dado en cualquier enfermedad.

Cuidese de otros Jarabes de Higos falsificados. Compre en la botica una botella del Jarabe de Higos "California", que contiene las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Fíjese bien que tenga el nombre de "California Fig Syrup Company". No pida solamente Jarabe de Higos, sino Jarabe de Higos "California". Acuérdesese de la palabra "California".

SI SUFRIS TOMADLOS INMEDIATAMENTE



EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DIRECCION:  
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario, MIGUEL R. ROQUENDO

---

---

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ:

N. 29 **EL CABALLO DE CARCELA,**

en HOMENAJE a su autor,  
el malogrado poeta y dramaturgo

**JOSÉ DE MATURANA,**

con motivo del primer aniversario de su muerte.

---

---

# LA REVELACIÓN

POR

**JOSÉ LEÓN PAGANO** (1)

---

Cuando me anunciaron la visita de Jorge Douglas, creí haber oído mal, y pregunté de nuevo, persuadido de que rectificarían el error. Mas la chinita repitió claramente:

—Jorge Douglas.

Quecé como abismado en mi estupor. Y debí permanecer así buen rato, pues la criada, a pesar de su cortedad respetuosa, creyó pertinente insistir:

---

(1) Acaba de aparecer "El santo, el filósofo y el artista", compilación de ocho conferencias pronunciadas por el mismo autor.

---

La colección completa de este semanario estará a disposición del público en los primeros días de Junio próximo. Pídanla en los kioscos, estaciones del subterráneo y vendedores de diarios.

PIDAN

**SAGARDUA**

ES LA MEJOR SIDRA

—¿Qué le digo?

No estoy en condiciones de precisar si ordené que lo introdujera. Mas, poco después, Jorge Douglas estaba en mi improvisado gabinete de campaña. Tampoco puedo decir cómo le saludé, ni siquiera afirmar haberle saludado. Sólo sé que, al verle, mi sorpresa y mi confusión crecieron, hasta delatar mis impresiones. Douglas tenía sus ojos fijos en mí, y después de contraer sus labios en un gesto de amargura, dijo con acento velado por la emoción:

—No me extraña: en todas partes me reciben así. Pero no se preocupe por disimular su sorpresa.

Traté en vano de dirigirle algunas palabras amables para desvanecer el efecto que le causara mi actitud, y también para recobrar el dominio de mis facultades. Douglas sonrió con benevolencia, y luego dijo:

—Vengo a pedirle un favor.

Y sin aguardar a que le contestara, añadió receloso:

—No me lo niegue. Necesito que acceda usted a lo que le pido.

Su rostro se contrajo en una expresión tan extraña, que me apresuré a consentir en su pedido. Pero Douglas no se tranquilizó del todo. Sus ojos quedaron fijos en mí, como interrogándome. No supe interpretar su mirada, y aguardé. Siguió una pausa embarazosa para ambos.

—Sí, es verdad—dijo por último,—le debo una explicación previa.

Se pasó una mano por la frente, como para borrar las inquietudes que le embargaban, y después de vacilar, dijo con voz queda:

—Mi aspecto acusa que algo terrible debe haber sacudido mi alma. No trate usted de negar por cortesía, o por lástima, una cosa que está evidenciando su impresión desde mi llegada aquí. ¿Ve usted mis cabellos? Hasta hace poco eran rubios, usted lo sabe. Pues en una noche se tornaron blancos. En una noche... Y desde entonces tiene mi cara no sé qué contracciones, y mis ojos no sé qué brillo... y en mi boca hay un rictus que no había antes. Hasta mi voz tiene un timbre desconocido. Soy otro hombre... Y eso es lo que impresiona a cuantos vuelven a verme desde entonces... Soy como el espectro de mí mismo.

Jorge Douglas no mentía. Cada frase suya acentuaba aún más la inquietante verdad de su propia transfiguración. Háblele visto en fecha cercana, gallardo, con su hermosa cabeza de Byron joven, rizado el cabello de un rubio cálido, los ojos de fino diamante, fuerte y ágil en la plenitud de su virilidad. Ahora estaba allí, encanecido, la tez amarfilada, y en los ojos un brillo de alucinado. Sus manos, largas y finas, se agitaban como si fuesen a crisparse. Estaba en lo cierto al afirmar que era otro hombre. Y sin embargo, sólo habían transecurrido pocos meses de nuestra última entrevista. Lo recuerdo perfectamente. Fué en París, en la legación argentina. Un día desapareció, y porque era persona de maneras cultas, a todos

nos sorprendió que se marchara sin despedirse. Luego, a mi vez, volví a Buenos Aires, y me hallaba en las sierras de Córdoba, donde me había confinado con el propósito de poner cima a una obra que solicitaba completa dedicación.

¡Cuál no sería, pues, mi asombro al oír pronunciar en aquel destierro el nombre de Jorge Douglas! ¡Y cuál no sería mi impresión al verle transformado de manera tan extraña! Luego el modo de presentarse, entre cohibido y receloso, sin aquella liberalidad expansiva que le hiciera persona grata a los pocos instantes de conocerle.

Mi curiosidad fué creciendo de tal suerte, que hubiera deseado preguntarle mil cosas a la vez: cómo estaba allí; qué misterio entenebrecía su espíritu; qué sentimientos convulsionaban su alma... qué había sido de él desde nuestra última entrevista. Y como si Douglas hubiese “visto” el sucederse de mis ideas, me sorprendió diciendo:

—Voy a decirle por qué dejé París como lo hice.

Y Douglas, haciendo un esfuerzo evidente para dominar la emoción que le embargaba, comenzó a hablar, estrujándose las manos:

—Es cómo una confesión. Hasta hoy nadie conoce mi secreto. Usted sabe que soy huérfano, y que un tío materno cuidó de mí y de los bienes que yo hereñara de mis padres. Mis tíos sólo tenían una hija, mi primita Dolly, con quien compartí los juegos infantiles y un cariño fraternal. Desde pequeños, jugábamos a los novios, y recuerdo que la inocencia de aquellos amores complacía a mis tíos. Después, mi afecto por Dolly fué intensificándose, hasta ver en ella una hermana menor.

Entretanto, el tiempo transcurría. Ya mozo, estudiante universitario primero, y doctorado después, nuestro cariño no sufrió alternativa ninguna. En el hogar de mis tíos yo había hallado mi propio hogar, y en la ternura de Dolly la suavidad de un cariño al que yo correspondía con el más puro de los afectos.

De pronto, el carácter de Dolly comenzó a modificarse. Ya no era la niña alegre y decidora de otros tiempos. Se tornó retraída, casi huraña. Cuando le anuncié mi viaje a París, pareció acoger la noticia con la más absoluta indiferencia. Nuestra despedida no fué muy afectuosa por parte de ella. Sus palabras casi me parecieron esquivas. Y dada la situación en que las pronunciara, eran para mí del todo inexplicables. Yo no quería alejarme de Dolly llevando en mi alma la pena inquietante de su esquivéz.

Nos hallábamos a bordo del transatlántico que debía conducirme a Europa. Me acompañaban para despedirme, mis

## LA REVELACIÓN

---

tíos, Dolly, amigos, demasiados amigos... que no distraían un segundo en otras personas o cosas. Y yo necesitaba hablar con Dolly, quería saber, inquirir, pues una ansiedad profunda llenábame de angustia. Por fin, aprovechando un instante de confusión, producida por un incidente sanitario, pude apartarme algunos minutos con Dolly.

La Comisión Sanitaria había descubierto entre los viajeros un enfermo contagioso, y le intimaban desembarcar. El pobre hombre, que por lo visto ignoraba su propio estado, sufrió un ataque nervioso; el clamor de su familia atrajo la atención del público, y yo pude dirigir a Dolly algunas preguntas. No recuerdo mis palabras; pero presumo que todas iban a converger en una sola. ¿Por qué ya no era Dolly para conmigo la misma de siempre?; ¿qué cambio se había operado en ella y a qué obedecía?

—Habla—le dije por fin.—¿Por qué no confías en mí? ¿Por qué no me consideras como un hermano?

—Porque no te puedo considerar lo que no eres...

Y al pronunciar estas palabras sus labios tuvieron un temblor que se trocó en una mueca involuntaria. Su rostro había empalidecido, y todo su ser vibraba como si lo agitara un gran dolor contenido. Al pronto, no supe qué responder, y por decir algo inquirí:

—¿No soy como un hermano para tí?

—No—replicó ella con firmeza.—No quiero que lo seas.

Y yo, desconcertado, pregunté:

—¿Por qué?

—Algún día quizás lo sepas.

En ese instante, el tañido agudo de una campana interrumpió nuestro diálogo. El vapor disponíase a zarpar. Inmediatamente sobrevino la confusión propia de esas despedidas. Mil voces se cruzaron a la vez, precipitando toda suerte de saluciones.

Yo quedé como perplejo. Recibí y di abrazos sin identificar a las personas que de ese modo me testimoniaban una vez más su afecto. Sólo veía el semblante de Dolly, demudado, casi contraído, y de toda aquella confusión, y de todo aquel vocear, sólo persistía en mis oídos la voz de Dolly:

— Algún día quizás lo sepas...

El vapor ya se alejaba, y yo permanecía como enclavado en mi sitio, fija la mirada en la ciudad que se iba borrando en las brumas de un cielo plomizo.

\*  
\* \*

Siguió un largo silencio.

Douglas parecía exhausto. Respiraba con celeridad afa-

nosa. Apenas si sus manos acusaban alguna energía en la inquietud que las agitaba constantemente. Después, exclamó en un quejido:

— Y Dolly era hermosa como un ideal...

Desde que Douglas comenzara su relato, había logrado despertar en mí el deseo de conocer la verdadera causa de su dolor. Creí oportuno inducirle a detenerse en un punto de su narración, y le pregunté:

— ¿Por qué dijo usted que Dolly “era”? ¿Acaso ha perdido esa cualidad?

— No — repuso. — Pero ahora tiene otra belleza más augusta: la del misterio. Dolly ya no es. Ha muerto. Yo la maté. Y desde entonces, su espíritu me persigue.

Al escuchar la confesión de Douglas, me incorporé sobresaltado. Y él, advirtiéndolo, se puso de pie bruscamente y se colocó ante la puerta, como para impedirme el paso. Luego, antes que yo articulase una palabra, se apresuró a decir:

— Es necesario que me escuche. Aún no conoce usted lo terrible de mi drama.

Y con un ademán imperativo me indicó la silla en que yo permaneciera sentado hasta ese instante. Comprendí la inutilidad de oponer una negativa a su indicación, y me resigné a escucharle. Douglas reanudó su relato con voz pausada y honda:

— Mi viaje fué penoso y me pareció interminable. La tris-

teza que embargaba mi alma, inducíame a buscar la soledad. Creía estar como bajo una amenaza, y cuando proponíame explicar mis inquietudes, me era de todo punto imposible concretar los motivos de eso que, en rigor, sólo eran aprensiones. Y sin embargo, había en ello tal persistencia, que un espanto indefinible dominó todo mi ser.

— Prometió usted explicar las circunstancias que le indujeron a asesinar a Dolly,—le advertí, impaciente ya por conocer la tragedia de mi desdichado amigo.

—¡No!—Exclamó él con voz colérica. Yo no he dicho haber asesinado a Dolly. Dije que la maté, que ocasioné su muerte; pero no soy ni culpable ni responsable de su muerte.

Y al decir esto lo hizo Douglas con tal congoja, puso en su voz un acento tan conmovedor, que me sentí subyugado.

Reanudó de nuevo el relato, precipitándolo en el desorden de sus palabras:

—En Europa no recibí de Dolly ninguna noticia directa; pero mis tíos no dejaban de hablarme de ella en sus cartas. En una me decían que Dolly desmejoraba hasta inquietarles. Y poco después me comunicaron que debía trasladarse a las sierras para restablecer su salud quebrantada.

Douglas, cuya voz se había ido apagando poco a poco, guardó silencio. Luego, como si quisiera librarse de una idea que le agobiara demasiado, dijo bruscamente:

—Yo esperaba ansioso noticias de Dolly, pocas líneas en las cuales me dijieran que su joven organismo había reaccio-

nado. Una noche me hallaba en mi habitación del hotel, solo. Disponíame a releer algunas cartas, con el propósito de revivir impresiones de grata evocación para mí. De pronto se oyó a mi lado un fuerte ruido, que me hizo estremecer; e inmediatamente sentí una punzada aguda en el corazón, que me obligó a lanzar un grito. Luego advertí que la luna del ropero se había quebrado, y que las líneas de la rotura formaban un corazón. Pero había allí un detalle que me impresionó profundamente. Al restallar el cristal, hizo que se saltara el azogue del espejo, y era como una mancha de sangre en medio del corazón. Pocas horas después, un telegrama procedente de las sierras, me anunciaba que Dolly había muerto.

Y Douglas dejó caer la cabeza entre sus manos.

Luego me explicó en qué consistía el favor pedido tan empeñosamente. Muy cerca de allí, a una hora más o menos, hallábase la propiedad donde había dejado de existir Dolly. Jorge Douglas "necesitaba" volver a esa casa y pedíame que le acompañase. Quería recoger un libro, el diario de Dolly, y faltábale ánimo para ir solo. El había pasado en aquella morada una noche al volver de Europa; y aquella noche ocurrió lo "terrible" de su historia, cuyos detalles prometíame relatar allí donde acontecieron.

Al día siguiente, Douglas y yo salimos a caballo. Era una tarde canicular. Abrasada por el sol, la tierra se resquebrajaba como si la sed anhelante de sus entrañas la desgarrase para recibir una lluvia largamente ansiada.

Después de sostenida marcha, transpusimos el valle, y nuestras cabalgaduras se deslizaron por un desfiladero donde un hilo de agua palpitaba como la única arteria viva en aquella aridez sitibunda. Tras corto andar, llegamos luego a una ladera, desde donde percibíase el camino que se extendía sinuoso en su blancura calcinada, hasta perderse detrás de un monte de algarrobos.

Cabalgábamos en silencio. A medida que se acortaba la distancia, Douglas iba siendo presa de una agitación febril; su boca se contraía, y un temblor angustioso le torturaba despiadadamente.

—Ya llegamos—dijo al fin.

Yo miré, y mis ojos no percibieron vivienda alguna. Nos hallábamos en una prominencia del terreno. Allá abajo advertíase una extensa perspectiva, que se escalonaba hasta el horizonte. A nuestra derecha, pero como huyendo de quien mira, unas chacras bruñidas por el sol indicaban el canal de un río, y como bordeándolo, la simétrica extensión de una alameda.

—Allí es—añadió Douglas.

Ladeamos una cuesta, y entonces pude ver, medio oculto por las plantaciones, un edificio como no creía que existiese en lugar tan apartado.

## LA REVELACIÓN

---

Desde ese instante, la turbación de Douglas llegó a inquietarme, y confieso que no pude abstraerme a su influjo. Y así llegamos hasta la verja de aquella morada, que tenía el aspecto de un pequeño castillo.

Salió a recibirnos un vejete, seco de carnes y mirada felina. Era Cristián, el encargado de cuidar aquel retiro. Cruzamos el parque, cuyo césped recortábase en prolijas combinaciones geométricas; y descendimos de nuestras cabalgaduras frente a una galería acristalada.

Pocas veces he tenido la sensación más absoluta del silencio. Hubiérase dicho aquél un lugar aletargado. De su conjunto desprendíase ese algo indefinible que caracteriza las viviendas deshabitadas. Había allí, es cierto, una mano cuidadora; pero ese mismo afán de pulir acentuaba aún más la sensación de cosa inerte, sin vida. Hasta las plantas dijérase que languidecían en aquel abandono ordenado y metódico. Una cosa sola revestíase de vida. Allá, recatado en la oscuridad de los árboles, veíase un banco de piedra, y junto a él, un rosal todo florecido de rosas rojas, pero de un rojo animado y cambiante, como si en cada una hubiese no sé qué fuego interior.

El guarda, al notar que yo tenía la mirada fija en aquel sitio, se me aproximó, y en voz muy baja me dijo en tono confidencial:

—Allí es donde la niña pasaba horas y horas escribiendo en un libro. Yo llevo aquí muchos años, y no recuerdo haber plantado ese rosal...

—¡Las llaves!

Era Douglas, que de ese modo imponía silencio al viejo guarda.

Poco después, éste volvió con un llavero, que mi pobre amigo recibió con marro temblorosa.

Ascendimos la breve escalinata que da acceso a la galería, y penetramos en el edificio. Douglas me guiaba y yo le seguía silencioso. Cruzamos algunas habitaciones, casi a oscuras. La escasez de luz y el olor característico de toda habitación que haya permanecido cerrada algún tiempo, acentuaban aún más la depresión de mi estado de ánimo.

Douglas se detuvo ante una puerta, y el llavero comenzó a agitarse entre sus manos. Después de algunas vacilaciones me suplicó que abriese yo esa puerta. Lo hice, y entré primero, como para desvanecer en lo posible la emoción de Douglas. Y como adivinase la ventana detrás de un cortinado, la abrí, dejando entornadas las celosías. Douglas estaba inmóvil en el umbral de la puerta.

Hallábame en una pequeña salita, amueblada con exquisito gusto femenino. Un retrato al óleo llamó poderosamente mi atención. No he visto nada igual. Desde luego, pude advertir que esa obra había experimentado la más extraña de las transformaciones. Su aspecto era en absoluto ajeno a los propósitos del artista. Adivinábase, más que se veía, la imagen de una mujer sentada, joven, esbelta y de una rara belleza. Vestía traje negro, muy ceñido, de suerte que sus formas acusaban

## LA REVELACIÓN

---

una admirable perfección de líneas. Negro era también el amplio sombrero, cuyas alas envolvían su frente en la penumbra. Destacábase la figura sobre el fondo de un piano. Pero todo ello aparecía desvanecido, esfumado, diáfano, como visto a través de un velo y a cierta distancia. Era como si el alma que había puesto el artista hubiese huído de ese lienzo, dejando allí una sombra, atenuada en su propia palidez desvanecida.

Douglas, inmóvil en la puerta, me miraba como si se complaciese en la inquietud de mis impresiones.

—Ahora comprenderá mejor cuanto voy a revelarle — me dijo. Y cruzó resueltamente la salita. Abrió con nerviosidad la puerta que daba acceso a la habitación contigua, y pasamos por ella. En la inmediata, Douglas y yo nos detuvimos. Como las anteriores, ésta yacía casi en la sombra. Era la alcoba de Dolly.

Douglas guardaba silencio, y yo esperé. Comprendí que el secreto de mi amigo iba a serme revelado. Apenas si con una mirada furtiva intenté examinar el sitio en que me hallaba. Y como Douglas lo advirtiera, se dirigió a la llave eléctrica, y dió luz. Iluminóse tenue y vagamente la alcoba. Luego, mi amigo fué hacia un *secretaire*, y abriéndolo, se apoderó de un libro que en él había.

—Este era el objeto de mi venida — dijo. Y con voz alterada y en un desorden que precipitaba sus palabras y confundía sus ideas, me refirió cómo envejeciera en una noche.

Dolly habíale pedido un libro en blanco para anotar en él sus impresiones diarias, y Douglas había tenido el mundano capricho de encuadernar ese "diario" con un guante de *soirée* usado por Dolly. (Y mientras Douglas hablaba, oprimía el libro contra su pecho). Al volver de Europa, quiso visitar la morada donde se extinguiera su prima. Impulsábalo a ello una fuerza imperiosa. Llegó al caer de la tarde de un día de otoño. El campo estaba dorado y los árboles comenzaban a desprenderse de sus hojas amarillentas. Conversó largamente con el viejo Cristián, interrogándolo acerca de mil detalles. Dolly había venido con sus padres. Cuando llegó, según observara Cristián, no parecía estar enferma. Pero muy pronto comenzó a decaer sensiblemente. Se pasaba los días en un mutismo absoluto. Siempre que la interrogaban si quería algo, como para complacerla en sus más mínimos deseos, ella contestaba:

—No. Estoy bien así.

Entonces la pobre madre se iba para ocultar sus lágrimas. De Córdoba venía casi a diario el médico; y muchas veces se quedaba hasta anochecido. Después, Dolly ya no pudo levantarse. Pasó algún tiempo. Una tarde vieron llegar al cura. Y después...

—Fué cuando me enviaron el telegrama—dijo Douglas.

Para conversar con el guarda, Douglas había fingido compartir la frugal comida de aquél. Con todo, la sobremesa no

pudo prolongarse mucho, pues Cristián comenzó a dormitar, habituado como estaba a recogerse temprano.

—Entonces—dijo Douglas—vine a esta alcoba, y abrí casi maquinalmente el *secrétaire*, donde hallé el “diario” de Dolly. Me dirigí a esa habitación. (E indicóme la inmediata). —Allí, — continuó, — había velado una enfermera. Cerré la puerta, lo recuerdo perfectamente; y sentándome junto a esa mesilla, dí principio a la lectura. Leía con ansia febril. En el silencio de la noche sólo percibíase el ruido que produjera el volver de las páginas. De pronto, una profunda emoción me sobrecogió por entero. Acababa de leer en el “diario” de Dolly mi propio nombre. Quise percatarme de lo que seguía, y no me fué posible. Tuve la sensación de que las líneas siguientes se hacían confusas, como si una mano invisible las borrara... En ese mismo instante oí en la alcoba contigua un ruido extraño, algo así como el roce de un vestido. Dijérase que alguien andaba en ella. Y casi en seguida, la puerta se entreabrió con suavidad cautelosa. Miré, y nada vi. Me incorporé entonces con viveza, dejando el libro abierto sobre la mesilla. Fuí a la alcoba, y tampoco vieron nada mis ojos. Las puertas que comunicaban con las otras habitaciones permanecían cerradas. Pensé, entonces, que todo fuera ilusión de mis sentidos, algo sobreexcitados por razones bien fácil de comprender. Volví, pues, a sentarme junto a la mesilla para proseguir la lectura. Pero al tomar de nuevo en mis manos

el “diario”, noté que la página en la cual poco antes leyera mi nombre, ya no estaba allí.

Y al decirme esto, Douglas me mostró el “diario”, añadiendo:

—Mire usted.

En efecto, una hoja había sido rasgada.

\*  
\* \*

Quedé perplejo ante aquella revelación inesperada. Un tumulto de impresiones contradictorias me llenaron de profunda inquietud. Y permanecimos así, como abismados en un silencio aterrador. Douglas, de pie, con sus ojos fijos en los míos, en una inmovilidad hipnótica. Yo, agitado y nervioso, con la mirada llena de interrogantes. ¿Qué se proponía Douglas? ¿Nada más que recuperar ese “diario”? ¿Con qué propósito?

—Con el de conocer la verdad, toda la verdad,—replicó Douglas.

Me estremecí al escuchar su voz. Yo no había articulado una sola palabra, y Douglas respondía a mi soliloquio mental. Su semblante se iluminó con una luz desconocida, y tenía en la mirada fulgores que jamás reflejaron pupilas humanas. Una serenidad inefable irradiaba y dulcificaba su expresión apacible.

—Creo que vuelvo a ser el hombre de otros tiempos — me dijo. — Y añadió: — La revelación de este “Giario” me libertará de las persecuciones que sufrí desde la noche terrible.

Y en verdad, Douglas parecía transfigurado. No sé si influían los reflejos de la luz dorada, o si era yo víctima de una fuerza sugestiva; pero es el caso que sus cabellos volvieron a recobrar la blonda tonalidad de otros tiempos.

—Ya no me perseguirá, ya no me perseguirá,—dijo con voz dulce y clara.

—¿Quién?—interrogué.

—Dolly, Dolly, su espíritu, su fantasma. Ya no me perseguirá. Todo me lo anuncia, todo...

Douglas había recobrado una serenidad, un dominio tan absoluto de sí mismo, que me impresionaban tanto como las febriles agitaciones precedentes. Y exclamó con un suspiro que parecía aliviar todo el peso de su alma atribulada:

—¡Ah, usted no sabe qué significa ser perseguido por un espíritu! — Y prosiguió:

—Está en todo, siempre, sin descanso, sin tregua, siempre, siempre... Vive nuestra propia vida, modificándola como una

fuerza extraña y hostil. Y de ese modo nos obliga a participar de su otra vida... acusando su presencia y su influjo. Es horrible... A veces, creemos verlo en el fondo de nuestros propios ojos... Y en la soledad, llena el silencio de nuestras noches... Y yo he vivido así, desde que desapareció la hoja de este "diario"... donde Dolly anotó las confidencias que nos unen en un mismo secreto misterioso. Es como si el alma de Dolly hubiese volcado aquí su esencia y su perfume. Yo sabré por fin la verdad, toda la verdad que transfundió en sus páginas. Ha llegado la hora. Ella me lo dijo.

—¿Dolly?

—Sí, Dolly.

Douglas advirtió la interrogación que puse en mis ojos, y dijo:

—Me sería imposible determinar cómo pasé el resto de la noche en que desapareció la hoja de este "diario". Cuando amaneció salí en busca de Cristián para que me condujera a la estación, pues quería alejarme de esta casa, huir, lejos... El asombro y la turbación que se produjeron en Cristián al verme, tornaron a despertar en mí las horribles torturas de la noche pasada como en una pesadilla. Pero no imaginé que mi aspecto se había transfigurado tan extrañamente... Lo advertí en el tren, en mi compartimiento... Desde entonces, no pude volver a mirar en un espejo mis propios ojos. Había visto en ellos un abismo aterrador... Llegué a Buenos Aires como un

## LA REVELACIÓN

---

sonámbulo... Todo lo veía como a través de una niebla, borroso, confuso... incoloro... Cuando recobraba mi personalidad en la más perfecta lucidez, me acometían deseos súbitos de volver aquí, para apoderarme de este "diario", y apurar toda la verdad de su contenido. A veces me despertaba de sobresalto... dispuesto a vestirme para correr a la estación, como impulsado por una fuerza indefinible y extraña. Entonces una voz opaca, apenas perceptible, bisbisaba a mis oídos:

—Todavía no ha llegado la hora. Espera.

Douglas hizo una breve pausa, y luego prosiguió con voz tranquila y pausada:

—Hace tres días llegué al pueblo sin que *nadie* contrariase mis propósitos. Pero ya en estos lugares, sin saber por qué, no podía resolverme a venir aquí... Al cabo de ese término, la misma voz pareció exhortarme:

—Ahora...

Y con acento cada vez más sereno y pausado, prosiguió:

—Fué cuando estuve a verle para que me acompañase.

Es todo.

Y Douglas se incorporó, invitándome a salir de aquella alcoba. Yo le seguí. Mientras andaba, me dijo:

—Esta noche conoceré todo el secreto de Dolly, y mañana le daré a usted todas las pruebas de mi gratitud por haberme acompañado a este sitio.

De pronto Douglas se detuvo, y dijo con viveza:

—Se me olvidó apagar la luz en la alcoba de Dolly. Usted perdone. Vuelvo en seguida.

\*  
\* \*

Y se alejó, dejándome en la penumbra de una habitación contigua. Apenas habían transcurrido unos segundos, cuando me sobrecogió un grito sofocado. Luego tuve la impresión de ños personas que lucharan cuerpo a cuerpo, e inmediatamente después oí a Douglas que decía con voz quebrada:

—¡Déjame el libro! ¡Déjame! ¡Me pertenece! ¡He conquistado su verdad con todo el dolor de mi vida!... ¡Dolly! ¡Dolly!...

Y oí que un cuerpo se desplomaba en el suelo. Estremecido de espanto, sentí que la sangre se me helaba en las venas. Con todo, hallé el impulso necesario para precipitarme en la alcoba contigua, envuelta en una sombra de inquietante misterio. Al penetrar, tuve la impresión ñe que una forma vaga se irguiera y se desvanecía como huyendo de mi presencia. Oí clara y distintamente sus pasos presurosos. Quise avanzar, y tropecé con un cuerpo que me detuvo. Entonces di luz, y pude ver a Douglas tendido en el pavimento de la alcoba con el rostro

contraído en una suprema expresión de angustia y las manos crispadas sobre el pecho. El "diario" de Dolly había desaparecido.

Me precipité afuera para llamar a Cristián, corriendo hacia su pequeño pabellón, y al pasar junto al banco de piedra, vi que el rosal de rosas rojas se había deshojado. Los pétalos caídos semejaban en el suelo manchas de sangre.

*José León Lagana*

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

## ¡Muchachas! Humedezcan un paño y Pásenselo por el Cabello.

Se pone suave, ondeado, lustroso y abundante  
al momento.

¡Cuide su cabello! La caspa desaparece y el cabello  
no se cae más.

Si desea usted duplicar inmediatamente la belleza de su cabello pruebe "Danderine, Purificador del Cabello". Sólo tiene que humedecer un paño en Danderine y pasárselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto limpiará el cabello de polvo, suciedad o grasa excesiva, y en pocos minutos se quedará usted asombrada. Su cabello se pondrá ondeado, sedoso y abundante, y poseerá una suavidad incomparable, tomando lustre y volviéndose espeso.

Además de embellecer su cabello, una aplicación de Danderine disolverá toda partícula de caspa, dándole vigor al cráneo, evitando la picazón y la caída del cabello.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificadoras hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Usted puede tener cabello bonito, suave, lustroso y, sobre todo, abundante, si compra un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y se lo aplica según las instrucciones que acompañan a cada frasco.

¡Cuide su cabello! Haga que se conserve encantador y bello. Usted se convencerá que éste ha sido el dinero mejor empleado.